

Tenía rato que no leía Pedro Páramo

Tenía rato que no leía Pedro Páramo. Lo leí para una clase llamada Historia y Ficción que imparte David Miklos. Tenía tiempo que no pensaba en la muerte de ese modo. Imaginando almas en pena, buscando paz sin descanso alguno, caminando, o flotando, no sé; de aquí para allá, de allá para acá, anunciándose a los perros que ladran al vacío porque sólo ellos los pueden sentir, oler y tal vez ver.

Tenía que leer Pedro Páramo para esa clase, Historia y Ficción. Pero esa historia ya no era ficción para mí. La primera vez que lo leí, era ficción. Se entreveró con mis memorias de Uruapan y mi abuelo, Daniel Ascencio. Eso fue en la Universidad, antes de que estuviera en la Marina. Hace ya varios años.

Ahora lo vuelvo a leer y es historia. Lo leo después de Marina. Después de los operativos. Me acordé de los muchos muertos que vieron mis ojos. De sus rostros llenos de espanto porque supieron que había llegado su hora y tuvieron miedo. Seguro se acordaron de sus pendientes. Siempre dejamos pendientes.

A muchos los fotografié, he sido fotógrafo veinte años. Creo que por eso los recuerdo más.

También vi muertos en Haití. El terremoto los apachurró. Despanzurró sus cuerpos y en el calor del Caribe rápido se hincharon; su sangre se volvió amarilla y empezaban a oler mal. Los apilaban. Eran cientos o tal vez miles los que vi ahí.

Leí Pedro Páramo. Ya había visto fotografías tomadas por Juan Rulfo. Vi sus fotografías y entendí de forma diferente su libro. Supe que esos paisajes y esos pueblos le habían ayudado a construir la historia. Yo admiro eso porque quiero meterme en sus fotos. Quiero caminar por las veredas que él fotografió, entrar a esas casas de adobe y sentir el viento.

También vi veredas. Primero en los Scouts. Así fui a Uruapan, por veredas y caminos rurales desde Ajuno. Me encontré a un lugareño.

-Buen día. ¿Sabe si falta mucho para Ziracuaretiro?

-Como media hora por este camino...

Me miró. Miró mi mochila bien cargada y mi cara algo cansada y agregó:

-Pero como viene usted, como una hora.

Quería caminar por donde había caminado mi abuelo. Esa media hora o una hora no me preocupaban.

Años después volví a ver veredas. Ahora iba armado, con un chaleco antibalas y un casco. Llevaba mi cámara colgada del lado derecho. Del lado izquierdo, porque de forma natural soy zurdo, mi arma.

Balazos, hartos balazos y muertos, hartos muertos.

Leí nuevamente Pedro Páramo y me acordé de esos muertos. Pensé en los miles más que no vi, pero que sé que murieron. Pensé en las horribles formas en que se habían cerrado sus vidas y habían encontrado la muerte. No sé, nunca he sido sensible a eso, pero tal vez más de una alma anda por ahí, tratando de arreglar pendientes. Siempre dejamos pendientes.

Ese día una tórtola entró por la ventana. Cruzó volando por toda la casa y llegó hasta el otro lado. Quiso salir por otra ventana, pero estaba cerrada y chocó. Los perros ladraban. Cerré la puerta del espacio donde estaba aturdida la tórtola por el golpe y abrí la ventana. Ella tardó en reaccionar, pero finalmente salió volando. Nunca me había pasado eso.

Antes de dormir, fui a lavarme los dientes. Me acompañaron tres de mis perros; son blancos. Pensé que como todo tiene una razón de ser sin que muchas veces la entendamos al principio, que eran blancos para acompañarme en la oscuridad. Van y vienen por la casa y en la oscuridad distingo sus perfiles blancos. Sí, yo puedo verlos. Tengo buena vista.

Dormí y tuve una pesadilla. Laura me despertó.

-Ale, Ale... despierta.

-Gracias, Laura.

Volvimos a dormir.

Hoy les prendí una veladora. La puse junto a la foto de mi suegra. Antes no era muy sensible a *eso*, pero Laura me convenció de que ella nos mira. Ahora sé que es cierto. Escribo *sé* aunque más bien es *siento* o *creo*. Realmente no tengo forma de *saberlo*.

Siempre me ha gustado Día de Muertos. Desde siempre pusimos ofrenda en casa de mi mamá y un día le dije:

-Quiero que cuando se cumplan mis días, mis hijos me pongan ofrenda.

-Acostúmbrales a ponerla.

A mi mamá también le gusta. Cuando ella ya no esté, le pondré.

Joel Juárez, mi padre, ya no está. En realidad, estuvo poco. Murió en el Hospital Naval un día en que fui a fotografiar el volcán Popocatepetl. Nunca habíamos sido cercanos, pero cuando nos dijeron que tenía cáncer de esófago, traté de tener algo de trato con él. Él había escalado el volcán en su juventud, así que le llevé fotos. Las vio y me dijo por dónde había subido; había llegado hasta el cráter y había sentido a lo lejos el calor de la lava mucho antes de que prohibieran subir, mucho antes de que existiera Protección Civil. Cuando los volcanes tenían más *nieve*.

Fui al volcán en un avión de Marina. Según había que monitorearlo para ver si no representaba un peligro. Ese día desmontaba de guardia así que me tocó ir temprano en ese vuelo. Mientras yo fotografiaba al volcán, Joel Juárez moría.



Aún no sé si le pondré ofrenda. Él realmente murió por desidia. A mí me tocó reconocer el cuerpo antes de que lo llevaran a la funeraria. Ya lo había visto en la cama de su cuarto. Su cara no era de espanto como las que había visto en los operativos. Era cara de *carajo*. Esa noche, o más bien en la madrugada, lo incineraron. Bajé a recoger sus cenizas y la urna estaba caliente. Nunca fuimos cercanos. Vaya recuerdo más desagradable que me dejó.

Hacía tiempo que no leía Pedro Páramo. Laura supo desde el principio que me había pegado. Entró a la casa y vio la veladora encendida junto a la foto de su mamá. Me acompañó a pasear a los perros. De regreso en casa me preguntó que si quería cenar algo y contesté que sí. Preparó la cena y también hizo pozol. El sabor del cacao frío llenó mi paladar.

Hoy dormiré mejor.